

VUELTA A LA NOCIÓN DE TOTALITARISMO EN VENEZUELA. USO Y ABUSO DE UN CONCEPTO

Hugo Antonio Pérez Hernáiz
Universidad Central de Venezuela

Introducción

La noción de totalitarismo parece disfrutar de un nuevo auge [1]. Junto a un reciente repunte del interés en los totalitarismos “históricos” [2], hay un nuevo resurgir del concepto como categoría útil para caracterizar ciertos movimientos y regimenes del Tercer Mundo. En un ensayo reciente, H. C. F. Mansilla (2008) propone una revisión del concepto de totalitarismo “clásico” y su aplicación a procesos históricos en la periferia del mundo liberal democrático que desencadenan “patologías de la modernidad” (Arendt) afines al totalitarismo.

Este ensayo pretende recoger la sugerencia esbozada en términos teóricos por Mansilla y estudiar la pertinencia de la noción de totalitarismo aplicado un caso concreto: el proceso de transformaciones que se vienen produciendo en Venezuela desde que, en 1998, el Presidente Hugo Chávez asumiera el poder por elección popular y proclamara el inicio de su llamada “Revolución Bolivariana”. El ensayo está dividido en tres partes: Primero, se discuten los problemas atinentes a la utilización, en el lenguaje de las ciencias sociales, de una noción lastrada con una pesada carga valorativa, como lo es la de totalitarismo; segundo, se combinan las características descritas por diversos autores

(Arendt, 2004; Linz, 2000; Gentile, 2001; Aron, 1987) como típicas del totalitarismo y se ordenan en la forma de un tipo ideal *weberiano*, para luego confrontar estas características al proceso venezolano y; tercero, se concluye intentando responder la pregunta de si efectivamente es útil la noción de totalitarismo para describir el caso concreto de la situación venezolana, y por extensión, la de otros casos del mundo en desarrollo.

Todo el Mundo es Totalitario

Como muy bien propone Mansilla en el ensayo citado, no debemos temer la utilización de términos valorativos en las ciencias sociales siempre que seamos cuidadosos con el proceso de construcción de la definición de esos términos. Tal definición debe dejar en claro exactamente cómo estamos usando el término de manera diferente a su utilización política. Desafortunadamente, hay términos tan cargados valorativamente que parece que cualquier cosa que se diga sobre ellos, cualquiera la forma en la que sean usados en las ciencias sociales, nos arrastran al foso de la confusión ideológica. En el sentido concreto de este ensayo, corremos el riesgo de, a priori, “evaluar” un proceso político, vinculándolo a todo un cúmulo de experiencias históricas catastróficas, con el uso de un término como totalitarismo [3].

En Venezuela tal riesgo es en la actualidad particularmente notable. El término totalitarismo ha sido usado seria y académicamente para describir ciertos aspectos del gobierno del Presidente Chávez [4]. Pero también ha sido usado prolijamente en la retórica política, en medio de un proceso extremadamente polarizado. Para los críticos de la llamada “Revolución Bolivariana”, el afán revolucionario por controlar todas las instituciones de la sociedad sólo puede ser caracterizado por la palabra que da cuenta de tal empresa *total*: el totalitarismo. Señalan además numerosas características preocupantes que parecen apuntar a una similitud más que superficial del gobierno de Chávez con los totalitarismos “históricos”: desde el indudable carisma del líder y su capacidad para movilizar a las masas, hasta más que incipientes expresiones de culto a la personalidad de ese líder. Los seguidores del Presidente Chávez, en cambio, ven totalitarismo en el otro lado de la partida: en el “control hegemónico” que ejerce el “Imperio” y sus aliados en la elites económicas locales. Para los autodenominados revolucionarios bolivarianos, seguidores del Presidente Chávez, el totalitarismo es de la

autocracia neoliberal globalizadora, y no el proyecto de la “Revolución Bolivariana”, que por el contrario busca “liberar” al pueblo de esa forma de totalitarismo. Señalan además el clima de libertades políticas, sociales y culturales que se respiran en el país, muy alejado de terror totalitario descrito por Hannah Arendt como característica central de los casos históricos de totalitarismo. Como consecuencia la palabra totalitarismo se usa sin discreción como insulto político de lado y lado, con mayor o menor atención a definiciones precisas del término.

Y sin embargo en este ensayo se argumenta, siguiendo a Mansilla, que la noción de totalitarismo puede ser deslastrada de mucho de su engorro si es correctamente definida. Mansilla propone apoyarse en Linz en una primera y gruesa distinción entre autoritarismo y totalitarismo. Aquí se acepta esa distinción como útil y, sin embargo, se propone más bien construir un tipo ideal de totalitarismo y enfrentarlo a casos concretos. El resultado metodológico debe ser, evidentemente, que *todo* régimen político participa, más o menos, de las características de ese tipo ideal. Todo sistema se “aleja” o “acerca” al tipo ideal, sin que esto implique un continuo en el cual el autoritarismo tenga que inevitablemente “derivar” en totalitarismo (evidentemente, no es así históricamente). En qué momento de ese “alejarse” o “acercarse” el caso concreto deja de ser democrático, o meramente autoritario, para convertirse en totalitario es, en efecto, un asunto valorativo que no se resuelve por este método.

El método del tipo ideal no es esotérico y responde a las expectativas de sentido común y científicas en al menos dos aspectos fundamentales: Primero, debe ser una premisa de cualquier método crítico que si queremos decir que un sistema es tal cosa, debemos decir primero qué entendemos por tal cosa y en qué corresponde nuestro caso determinado a tal cosa. Tal como lo entendía Max Weber (1964: 7), el método del tipo ideal era tal mecanismo de definición. Segundo, corolario de lo anterior, el tipo ideal es un tipo puro, en el sentido de que ningún caso concreto *es* el tipo ideal. Ni en el más alto grado de ajuste al tipo ideal, ningún caso histórico, ni siquiera el notable caso de Corea del Norte, cumple con todas las características del tipo ideal de totalitarismo que presentamos en este ensayo, y todos los casos presentan características divergentes que los diferencian de los otros casos. Tal como señala Emilio Gentile (2000), en esto siguiendo a Tsvetan Todorov, el totalitarismo siempre fue un proceso *hacia* el totalitarismo, y siempre fracasó en ese camino: nunca logró un control total del sistema

institucional, no parió al hombre nuevo que superaría la moral burguesa ni logró implantar el terror revolucionario en todos y cada uno de los individuos que fueron sus víctimas. Por lo tanto el método presentado en este ensayo nos permite también evaluar como cosas distintas las intenciones de los líderes, las respuestas de los ciudadanos y las consecuencias de las acciones comunes.

Tipo Ideal y Grado de Ajuste

Totalitarismo

A continuación presentamos las principales características del totalitarismo tal como han sido señalados por los principales autores estudiosos los totalitarismos históricos:

(a) El poder está centralizado en un cuerpo político monopolista, por lo general un partido único, y adscrito lealmente a la figura de un líder carismático. Más allá de la noción de Weber del Estado como ejecutor del monopolio legítimo de la violencia, definición mínima del Estado que comparten los Estados liberales, el centro político en el totalitarismo controla hegemónicamente *todas* las instituciones. Las instituciones del totalitarismo, ha señalado Linz, por lo general no han surgido de manera “natural” de la dinámica cultural de la sociedad, sino que son impuestas “desde arriba”. Tal como estudió Arendt, esta imposición institucional puede tomar durante el periodo de formación del totalitarismo, la forma de “paralelismo institucional”, es decir, la convivencia temporal de las viejas instituciones con las nuevas instituciones totalitarias todavía en formación. Pero tal situación es, por supuesto, temporal y acaba en el momento en el que las instituciones totalitarias son lo suficientemente fuertes como para asumir el control total de sus competencias.

(b) Numerosos autores han señalado que una de las distinciones fundamentales del autoritarismo y el totalitarismo es que este último cuenta con lo que podríamos llamar una “ideología fuerte”. Al usar la palabra “fuerte” no nos referimos a la coherencia lógica interna sino a que los totalitarismos se legitiman en un aparato retórico que sólo puede ser calificado como gigantesco. Tal aparato incluye propaganda política, publicaciones que pretenden seriedad académica, reinterpretaciones de la historia,

discursos del líder, etc. La retórica totalitaria posee varios “temas” fuertes que pueden ser señalados como comunes: El discurso revolucionario de carácter regenerador palingénético; la glorificación y culto a la personalidad del líder; una omnicomprehensiva teoría de la conspiración que explica la historia y que señala claramente al enemigo y la insistencia en la necesidad de la creación de un hombre nuevo (en su acepción más radical este tema retórico proclama un hombre *eugenésicamente* nuevo). La ideología totalitaria forma la base de una “Religión Política”, en el sentido que le han dado a este término por ejemplo Eric Voegelin, Raymond Aron (“religión secular”) o Emilio Gentile. El discurso está basado en la contraposición dicotómica entre lo profano y lo sagrado, el bien y el mal, el nosotros y ellos. Implica consecuentemente una ética revolucionaria que tiene fuertes afinidades electivas con lo que Max Weber denominó la “ética de convicciones” en lo político. Para tal ética el triunfo del bien final justifica los males “menores” del camino hacia la utopía final. Por último, en el sentido religioso señalado por Gentile, implica la construcción ideológica de un sentido de comunidad contrapuesto al cosmopolitismo individualista liberal.

(c) A diferencia del simple autoritarismo, el totalitarismo quiere que el ciudadano participe entusiasta y activamente en movilizaciones y tareas colectivas y exige una *politización integral de la existencia* (Gentile). Mientras que el autoritarismo puede darse por contento con la obediencia pasiva de los ciudadanos, el totalitarismo requiere que *todos* crean en la ideología esbozada en el punto anterior y que la apoyen con convicción. Aquellos que no *crean* deben ser reeducados. El sentido de comunidad requiere de ortodoxia homogénea y la diversidad no puede ser entendida de otra manera que como peligrosa falta de fe, traición y amenaza al sistema.

(d) Se ha señalado que el elemento del “terror” violento no siempre tiene en los totalitarismos la centralidad que le otorgó Arendt en su estudio clásico. Sin embargo, en una construcción típico ideal es indudable que debe ser incorporado como una característica principal. Sobre todo en la época de instauración revolucionaria del totalitarismo el “terror” parece que juega un rol fundamental. Pero aún cuando el sistema está más consolidado, cíclicas vueltas al terror cumplen la función de recordarles a los ciudadanos la importancia de la fidelidad absoluta al sistema y de que la revolución es un proceso que realmente no termina nunca. El terror y la violencia son

justificados como necesidad histórica y como única herramienta efectiva contra las conspiraciones que se ciernen permanentemente sobre el sistema.

Creemos que estos cuatro puntos resumen las características principales en las que concuerdan los principales estudios del tema. Cuando decimos que un sistema es totalitario, decimos que se ajusta en un grado importante a todas las características señaladas.

¿Venezuela?

Veamos entonces, punto por punto, si este modelo tiene alguna relevancia para el caso actual que nos ocupa.

(a) Si algo ha caracterizado a la revolución bolivariana propugnada por el Presidente Chávez es un explícito intento por centralizar el poder en su persona. En lo político, la instauración de la nueva Constitución en 1999 le ha permitido al gobierno central controlar directamente todos los poderes públicos que dependen de la asignación desde el poder ejecutivo. Adicionalmente, los éxitos electorales de los primeros años del gobierno, unido a la ausencia de la oposición en el proceso de elección a la Asamblea Nacional legislativa, le permitieron a Chávez controlar casi completamente los poderes asignados por elección. En lo geográfico político, el proceso de descentralización y autonomización de la alcaldías y gobernaciones, iniciado en la década de los noventa, ha sido demonizado por Chávez como parte del proyecto neo-liberal de desmantelamiento del Estado. Por lo tanto este proceso debe ser revertido y la facultad de nombrar alcaldes y gobernadores debe ser reinstaurada en el poder ejecutivo para así evitar la aparición de “caudillos locales”. Además de vincular el proceso de elección local de gobernadores y alcaldes al neoliberalismo, se señala desde el gobierno central el peligro que corre Venezuela de ser “víctima” de la conspiración imperial que, según el gobierno, está detrás de los movimientos autonómicos en Bolivia contra el gobierno central del Presidente Evo Morales. Para el gobierno venezolano, el regionalismo atenta contra la unidad nacional y es punta de playa de intereses foráneos.

Sin embargo, el proceso de descentralización de la década de los 90 ha demostrado ser difícil de revertir. En principio, la elección directa de gobernadores, alcaldes y

asambleas regionales fue ratificada en la Constitución de 1999 porque muchos de los constituyentes veían la designación de cargos regionales por elección popular como una conquista democrática y no como parte de un complot neoliberal para debilitar al Estado. En todo caso, los altos niveles de popularidad del Presidente Chávez le han permitido prácticamente designar a dedo candidatos leales a puestos regionales con certeza de que su apoyo significa el triunfo electoral. Esta transferencia de carisma político ha sido popularmente denominado el “Portaviones Chávez”. Ha permitido la centralización del poder político, pero por supuesto es una centralización que siempre corre el riesgo de ser revertida en cada fecha del calendario electoral regional. Más recientemente la elección de un opositor a la Alcaldía Mayor de Caracas ha sido respondida por Chávez con la designación directa de una funcionaria que responde directamente a él y la transferencia de recursos y competencias que antes correspondían a la Alcaldía Mayor a esa funcionaria.

En cuanto a las instituciones de la sociedad civil, el Presidente Chávez ha sido numerosas veces explícito en que *todas* deben, en algún momento futuro, responder a los ideales de la revolución bolivariana. El gobierno ha recurrido al mecanismo clásico de transición de “paralelismo institucional”. En algunos casos, como en la creación sindicatos paralelos, ha tenido cierto éxito. En estos casos la secuencia del mecanismo usado por el gobierno puede ser simplificada así: Los sindicatos son calificados por Chávez como parte de la vieja estructura política y vinculados a la conspiración neoliberal imperialista contra la revolución; se crean nuevos sindicatos leales al gobierno; sólo se negocia con esos sindicatos; el Estado es el más grande empleador formal en Venezuela y por lo tanto los viejos sindicatos pierden la base de su efectividad. Pero en otros casos el mecanismo de paralelismo institucional ha fallado notablemente. La educación superior es quizás el ejemplo más evidente. El gobierno entiende la importancia que tiene el sistema de universidades nacional si se quiere implantar un modelo ideológico revolucionario, y sin embargo ha sido incapaz de controlar las universidades públicas y privadas. Las elecciones en las universidades públicas, a diferencia de la tendencia nacional, favorecen consistentemente a candidatos de la oposición. Ante la imposibilidad de controlar a las universidades, el gobierno ha decidido crear un sistema de educación superior paralelo, las “Universidades Bolivarianas”, instituciones comprometidas ideológicamente con el proyecto revolucionario. Pero el proyecto ha sufrido por desorganización y falta de rigor

académico. El resto de las universidades establecidas se niegan a reconocer a las Universidades Bolivarianas como instituciones de educación superior en pleno derecho y los hijos de connotados funcionarios del gobierno prefieren estudiar en las universidades establecidas antes que arriesgarse a ser parte de un experimento académico que carece de prestigio.

Ni siquiera en la consolidación de un partido único, centralizado, que responda directamente al líder, ha sido la revolución bolivariana completamente exitosa. La base política de Chávez es un grupo heterogéneo que incluye a exmilitares compañeros de sus intentos conspirativos y golpistas, micro partidos de izquierda radical como el Partido Comunista de Venezuela, partidos de tendencia social demócrata y el partido que directamente responde a Chávez (antes, el “Partido Quinta República”, hoy día el “Partido Socialista Unido de Venezuela”, PSUV). Los intentos por crear un partido único que reúna toda su base electoral han resultado infructuosos y han despertado severas escisiones entre los distintos grupos que apoyan a Chávez. La posibilidad de que Venezuela se convierta en un régimen de partido único, condición presente en todos los ejemplos históricos conocidos de totalitarismo, y condición necesaria para la rutinización y transferencia del carisma del líder, es muy remota. Ni siquiera parece cercana la posibilidad de que se logre un partido único de la revolución bolivariana, mucho menos de que desaparezcan los partidos de oposición.

El enfoque de este ensayo es fundamentalmente en lo político y sólo se señala de pasada que el proceso de centralización del poder también se expresa, por supuesto, en lo económico. Baste aquí señalar que el Presidente Chávez ha claramente expresado que su modelo económico es el de la producción y distribución dirigidas desde el Estado. El gobierno ha renacionalizado muchas de las empresas que fueron privatizadas en las décadas anteriores y ha nacionalizado varias que siempre fueron privadas. Las expresiones de hostilidad hacia la empresa privada, calificada como “oligarquía golpista”, agente de intereses imperiales, ha sido una constante en el discurso de Chávez. El paralelismo institucional ha sido también aplicado a lo económico. El ejemplo más importante es el de la red de bodegas de alimentos estatales “Mercal” que pretende, con precios subsidiados, competir directamente con las cadenas privadas de distribución y con las pequeñas bodegas privadas. Chávez ha expresado que su objetivo

es que algún día todos y cada uno de los venezolanos compren todo lo que necesiten en “Mercal”.

(b) ¿Se puede decir que el proyecto político del Presidente Chávez se basa en una ideología “fuerte”? El gobierno quizás daría una respuesta positiva a esta pregunta y señalaría el “Bolivarianismo” como eje ideológico rector de la revolución en la construcción del llamado “Socialismo del Siglo XXI”. Como en los casos de totalitarismos históricos, tal retórica se ha ido construyendo sobre la marcha y ya acumula un importante archivo textual. No existe un texto fundamental que, como en los casos históricos, funja de “libro” de la revolución (como en su momento lo fue por ejemplo “Mi Lucha”, “¿Qué Hacer?”, “El Libro Rojo”, etc.). Pero un importante corpus textual ideológico ha ido creciendo en tamaño, sobre todo basado en los cientos de horas de discursos presidenciales y del programa radial y televisivo que cada domingo presenta el Presidente “Aló Presidente”. Las declaraciones del líder son recogidas por “intelectuales orgánicos” leales quienes se encargan de depurar y refinar el lenguaje, a veces coloquial e inexacto del Presidente, y convertirlo en un todo ideológico con un mínimo de coherencia teórica.

El eje central del “Bolivarianismo” es lo que se ha llamado el culto a la figura de Simón Bolívar, el líder independentista del siglo diecinueve. No como figura histórica, sino como imagen del héroe militar-intelectual, líder fuerte, revolucionario romántico, luchador anti-imperialista y fundador civilizatorio. En la historia de Venezuela tanto la izquierda como la derecha se han apropiado y reforzado lo que en Venezuela se ha convertido en una verdadera religión política, el culto a Bolívar [5]. La figura histórica de Bolívar, como militar y como liberal republicano, resulta irrelevante a la hora de presentarlo como héroe socialista revolucionario. El problema del anacronismo es resuelto en el discurso presidencial por la vía de la construcción de un tiempo mítico, en el cual la revolución bolivariana es presentada como la verdadera continuadora de la gesta independentista iniciada por Bolívar, interrumpida durante casi doscientos años por la conspiración oligárquica imperial traidora del “sueño de Bolívar” [6]. Chávez ha venido, palenginésicamente, a fundar de nuevo a la nación, a completar la tarea que Bolívar no pudo concluir. En tal sentido Chávez es el heredero de Bolívar y, en su versión más extrema, la verdadera reencarnación del héroe, con todas sus cualidades carismáticas de genio militar y político.

Por supuesto que no sólo el “Bolivarianismo” forma las bases de la retórica ideológica del gobierno. El discurso presidencial es prolijo en citas que parecen reflejar lo que Chávez lee en el momento: el poeta norteamericano Walt Whitman, el polémico sociólogo argentino Norberto Ceresole, libros de autoayuda (de manera prominente al principio de su primer mandato, “El Oráculo del Guerrero”), Cristo, Trosky y muchos otros han sido citados en determinado momento en el discurso presidencial como inspiradores del proyecto socialista de Chávez. En el proceso de construcción retórica, Chávez menciona o cita, y es luego tarea de “intelectuales orgánicos” explicar en detalle como se imbrican esos autores en el todo de la ideología bolivariana [7]. Aparte del carácter de inspiración temporal de los personajes citados, quizás sea el Ché Guevara quién es más consistentemente citado por Chávez. Sobre todo la interpretación guevarista de la creación del “hombre nuevo” como objetivo utópico del “Socialismo del Siglo XXI”. Como en otras retóricas revolucionarias, el tema del hombre nuevo es fundamental para Chávez y es mencionado insistentemente en su programa “Aló Presidente”.

(c) El espectáculo de masas delirantes saludando al líder, y jóvenes estudiantes uniformados de rojo coreando “¡Ordene! ¡Ordene!” en presencia de Chávez, han reforzado la imagen de un entusiasmo político muy al estilo de las experiencias del totalitarismo histórico. Chávez mismo ha puesto un énfasis especial en la necesidad de “reeducar” a *toda* la población en los nuevos valores de lo que llama “Socialismo del Siglo XXI”. A aquellos que no están enteramente convencidos de que el modelo propuesto por la revolución bolivariana es el mejor para la sociedad venezolana, Chávez parece catalogarlos en dos categorías principales: i) son víctimas del engaño de la conspiración neo-liberal-oligárquica-imperialista y por tanto deben ser reeducados y sacados del engaño, ii) son agentes de la conspiración y por tanto deben ser desenmascarados y neutralizados. En tal esquema existe la traición y el engaño, pero no la oposición política. Notablemente, a los empleados públicos y a los militares se les exigen demostraciones constantes y entusiastas de adhesión al régimen. Sin embargo, a la revolución bolivariana le falta un trecho muy largo para que el fenómeno de entusiasmo político delirante ante la presencia del líder sea un fenómeno mayoritario. El preocupante ejemplo de estudiantes uniformados a los pies del líder gritando consignas escatológicas sobre la revolución y la muerte, es un fenómeno francamente limitado y

muy minoritario. Recuérdese que Chávez ha fracasado en su intento por controlar a las universidades nacionales y el emergente movimiento estudiantil opositor fue fundamental en la derrota de referéndum de diciembre 2007, por medio del cual Chávez pretendía, entre otras reformas, eliminar los límites temporales a su mandato. Por otra parte cabe hacerse la pregunta ¿Acaso la adhesión entusiasta de la *mayoría* fue una característica en los totalitarismos históricos? Ciertamente, aunque fuera la intención de los líderes, nunca lo fue para *toda* la población. Para aquellos que se negaron a apoyar entusiastamente al régimen, se reservaba el terror y la violencia. Y esta es una característica alejada de lo que ha sido la experiencia del caso venezolano hasta ahora.

(d) Medir el “terror” que es capaz de usar un régimen contra sus propios ciudadanos es, por supuesto, algo difícil y muy relativo. Ciertamente los ciudadanos opositores a Chávez tienen mucho que temer: muchos han perdido sus trabajos en la administración pública, otros viven en el constante temor de ser echados de sus puestos por sus posturas políticas. En una economía en la que, por efecto de las nacionalizaciones, el espacio para la economía privada es cada vez más reducido, este es un temor que debe ser tomado muy en serio. Por otro lado, personalidades públicas de la oposición han sido víctimas de amenazas y atentados por parte de seguidores de la revolución, pero también personalidades que apoyan al gobierno han sufrido las mismas amenazas. Ha habido casos de denuncias de torturas a estudiantes opositores, pero estos parecen ser más ejemplos de brutalidad policial que de una política sistemática de terror. En general, la población siente más temor al hampa común y a la violencia cotidiana que a “esbirros” o “agentes secretos” del gobierno.

Ciertamente, el lenguaje de Chávez puede ser catalogado de agresivo y parece invitar a la violencia contra la eterna conspiración que amenaza al régimen y a los elementos que la apoyan. Pero no existen elementos para afirmar que el *terror* ha sido una política *sistemática* del gobierno, al menos hasta el momento.

Conclusión

Toca entonces, en esta última parte, hacer una evaluación general y responder a la pregunta sobre la presencia o no, hoy o futura, de un sistema totalitario en Venezuela. La constante en los cuatro puntos señalados en este ensayo parece ser una distancia

importante entre la intención y las consecuencias de la acción. Consideramos que el proyecto del Presidente Chávez, tal como puede ser entresacado de sus discursos y de las publicaciones de sus “intelectuales orgánicos”, es un *proyecto* totalitario. De cumplirse todas las promesas y predicciones utópicas que ha hecho Chávez, es inevitable concluir que la imagen de sociedad de su proyecto conduce a una forma de totalitarismo que sigue estrechamente, y muchas veces de manera explícita, el ejemplo de los totalitarismos históricos.

Sin embargo, una cosa es lo que Chávez ha dicho, y otra muy distinta lo que ha logrado. Chávez ha llegado al poder por medio de procesos electorales y en el marco de la democracia representativa, no por medio de una revolución que le permita de manera expedita y violenta ejecutar la transición a la utopía. El líder está obligado a negociar a diario su ímpetu revolucionario con una realidad institucional “burguesa” democrática. Esto ha resultado notablemente difícil y muchas veces Chávez se ha visto obligado resistirse públicamente a la “espiral de radicalización” [8] que a veces le imprimen al proceso sus funcionarios más entusiastas. Cabe la hipótesis de que Chávez es un habilidoso político que “sabe esperar el mejor momento”, pero también es cierto que la oposición política a su proyecto ha demostrado ser notablemente recalcitrante. Mucho se ha discutido sobre la debilidad institucional democrática en Venezuela que se ha mostrado inoperante ante un proyecto explícitamente antiliberal, pero por otro lado cabe la interpretación contraria: la fortaleza institucional y política de instituciones claves como las universidades, la iglesia y los partidos tradicionales han resistido y efectivamente obstaculizado muchos de los peores excesos de la revolución.

Quizás la noción que mejor corresponde al caso venezolano en este momento es lo que Linz denomino una situación pre-totalitaria. En tales circunstancias, explica Linz, “existe un grupo político de importancia que tiene como meta la utopía totalitaria, pero que aun no ha logrado consolidar completamente su poder y dar estructura institucional al sistema” (Linz, 2000: 241). En el caso venezolano, tal como quizás afirmaría Mansilla, tal grupo no sólo existe, sino que ya ha conquistado el poder político. Sin embargo este grupo no ha logrado ni siquiera acercarse a la utopía totalitaria.

La opinión muy personal del autor de este ensayo es que, entendidas la fortaleza política e institucional de la oposición política al proyecto de Chávez, este tendría que

“neutralizar” (la expresión resultaría, inevitablemente, un eufemismo), a gran parte de la sociedad venezolana, tal como efectivamente lo hicieron los totalitarismos históricos con sus determinadas sociedades. Tal circunstancia parece hoy muy improbable, pero no imposible.

Notas

[1]: Véanse por ejemplo revistas como el *Journal of Political Ideologies* o *Totalitarian Movements and Political Religions*.

[2]: Por “históricos” me refiero a al Nacional Socialismo alemán, al Fascismo italiano y Comunismo soviético. Como “clásicos” del totalitarismo podríamos añadir algunos sobrevivientes modernos, como el caso de Corea del Norte.

[3]: Dicho sea de paso, el mismo problema se presenta con la noción de “democracia” y su carga valorativa positiva.

[4]: Por ejemplo, por el “Observatorio Hannah Arendt” de la Universidad Central de Venezuela.

[5]: Véase Castro Leiva (1991) y Carrera Damas (1973). Para un excelente análisis del uso de la figura de Bolívar en términos de religión política por Chávez véase Carrera Damas (2005).

[6]: En su versión más extrema de esta peculiar teoría de la conspiración de alcance verdaderamente cósmico, Chávez ha nombrado una comisión presidencial para investigar de manera “histórica y objetiva” las verdaderas causas de la muerte de Bolívar. Chávez está convencido de que Bolívar fue asesinado por agentes imperiales en alianza con la oligarquía colombiana. Esta teoría sobre la muerte de Bolívar mimetiza la figura de Chávez con la del héroe decimonónico. El Presidente repetidas veces ha denunciado intentos de la oligarquía y del imperio por asesinarlo, “igual como mataron a Bolívar”. Al momento de escribir este ensayo la comisión ha sido aparentemente relegada o ha dejado de existir.

[7]: La tarea es a menudo difícil e ingrata como lo demuestran los dos ejemplos siguientes: A principios de su gobierno Chávez citaba a menudo a Norberto Ceresole, más que como mera inspiración, como verdadero asesor del gobierno. La teoría mesiánico-carismática de Ceresole, que propugnaba el vínculo directo del líder militar

con las masas, pasando por encima de mediadores “anti-democráticos” como los partidos políticos, resultaba atractiva para el Presidente. Sin embargo, Ceresole, aparte de sus ideas profundamente antiliberales, había además expresado ideas que podían ser interpretadas como antisemitas. Luego de un fuerte debate público en Venezuela sobre el tema, Chávez negó toda vinculación con Ceresole. El segundo ejemplo es el caso del “Oráculo del Guerrero” del chileno Lucas Estrella Schultz, uno de tantos libros “místicos” de autoayuda que recopilan aforismos y enseñanzas de sabios maestros más o menos orientalizantes. Chávez citó las máximas del libro prolijamente durante los primeros años de su gobierno. La edición pirata del libro se convirtió en un *best seller* en las calles de Caracas. La intelectualidad orgánica encontraba difícil vincular un género burgués aborrecible y alienante, como lo es el de los textos “místicos” de autoayuda, con la retórica revolucionaria “seria”. El punto culminante, sin embargo, fue la visita a Venezuela del autor del libro, Estrella Schutz, quién se mostró sorprendido por el éxito “político” de su texto. Como nota curiosa que da cuenta de la homofobia venezolana, varios articulistas de la oposición señalaron críticamente el tema homoerótico subyacente del libro. El texto desapareció eventualmente por completo de las citas presidenciales.

[8]: Sobre la espiral de radicalización en un caso clásico véase el segundo tomo de la biografía de Hitler de Kershaw (2002).

Bibliografía

ARENDDT, H. (2004): *Los Orígenes del Totalitarismo*. Barcelona, Taurus Ediciones.

ARON, R. (1987) : *Démocratie et totalitarisme*, Paris, Gallomard.

CARRERA DAMAS, G. (1973): *El Culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

CARRERA DAMAS, G. (2005): *El Bolivarianismo-Militarismo: Una ideología de reemplazo*. Caracas, Ala de Cuervo.

CASTRO LEIVA, L. (1991): *De la Patria Boba a la Teología Bolivariana. Ensayos de Historia Intelectual*. Caracas, Monte Ávila Editores.

GENTILE, E. (2000): 'The Sacralization of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism' en: *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol.1, Núm. 1, 2000, pp. 18-55.

GENTILE, E. (2001): *Le Religioni della politica: Fra democrazie e totalitarismi*, Roma y Bari, Gius. Laterza & Figli.

KERSHAW, I. (2002): *Hitler: 1936-1945*. Barcelona, Ediciones Península.

LINZ, J. (2000): *Totalitarian and Authoritarian Regimes*. Londres y Boulder, Lynne Rienner Publishers.

MANSILLA, H.C.F. (2008): "El Desarrollo Contemporáneo y la Necesidad de una Teoría Crítica del Totalitarismo. Un Esbozo Provisorio" en **Revista de Estudios Políticos**, Núm. 140, 2008, pp. 69-103.

WEBER, M. (1964): *Economía y Sociedad: Esbozo de Sociología Comprensiva*. México, Fondo de Cultura Económica.

Resumen

Este artículo explora la pertinencia del uso del término totalitarismo para el caso Venezolano. Se estudia la utilización de ese término por parte de los actores en el debate político. Se construye un tipo ideal de sistema totalitario y luego lo contrasta con la realidad del caso estudiado.

Palabras Clave

Totalitarismo, Hugo Chávez, Venezuela.

Abstract

This article explores the use of the term totalitarianism for the case of the Venezuelan political system. It also studies the uses of term in the local political debate. It constructs an ideal type of totalitarian system and contrasts it with a case study of Venezuela.

Key Words

Totalitarianism, Hugo Chávez, Venezuela.